

Vos dais la preferencia á todas esas situaciones falsas, degradantes, vergonzosas, de las que nosotros hacemos comedias y dramas, y cuya pintura acabo de ensayar una vez mas.

¡Es curioso! mas se explica, y si vos quisieseis racionar como yo, no podriais hacerlo.

Dado me es comprender, y en ciertos casos aceptar vuestros argumentos; y á vos os está vedado el comprender y aceptar los míos.

¿Será porque tengais mas razon que yo?

Nó.

Pero vos pareceis tener razon porque, cuando nos aconsejais que nos inmoemos, todo el mundo conoce que, si os encontraseis en nuestro lugar, hariais lo que nos aconsejais que hagamos.

Sí; si vos tuvieseis una mujer, y esta os engañara, la perdonariais; si hubiese cometido un crimen y la hubiesen condenado, procurariais inducir la al arrepentimiento y volverla al buen sendero sin abandonarla á su castigo para seguir á otra mujer; si hubiese desertado de la casa conyugal, vos no buscariais otro hogar ilegítimo ni legítimo; hasta, si muriese, aun cuando vos no tuvieseis mas de veinte años, no os volveriais á casar, estoy seguro de ello; pero vos no teneis mujer.

Si tuvieseis hijos, y su madre fuese adúltera, criminal, ó hubiese muerto, no dariais madrastra ni nuevos hermanos á vuestros hijos, estoy de ello seguro, y solo viviriais para ellos; pero vos no teneis hijos.

Comenzad por colocaros en las condiciones en

que nosotros estamos, y luego veremos si no obrareis del mismo modo que nosotros.

«Será lo mismo, me direis, puesto que hay católicos tan fervientes como nosotros, los cuales, siguiendo el consejo de San Pablo, por el temor de abrazarse se han casado, y que, en los casos que citais, harian y hacen lo que nosotros, sacerdotes, haríamos, lo que les hemos enseñado á hacer.»

Lo sé perfectamente; y aun cuando no sean numerosos esos católicos, como con tanta tristeza lo habeis reconocido vos mismo, no niego su existencia, y su conducta prueba la posibilidad del sacrificio que vos pedís; pero ese sacrificio no lo realizan solamente los católicos; hay protestantes é israelitas que consideran indisoluble el matrimonio, y suceda lo que quiera no vuelven á casarse; hay hombres que no pertenecen á culto alguno y que no se vuelven á casar, ni siquiera en los países en que la ley civil les autoriza á hacerlo; hay hombres que han amado á una mujer fuera del matrimonio, y los cuales, una vez muerta esta mujer ó engañados por ella, pasan el resto de sus dias en el mismo celibato que vos.

¿Es porque la Iglesia católica ha decretado la indisolubilidad del matrimonio por lo que esos ju-díos, esos protestantes, esos filósofos, consideran su matrimonio como indisoluble, por lo que esos amantes libres permanecen fieles á un recuerdo ó temen una nueva decepcion?

No por cierto; es evidentemente porque esta decision eclesiástica se encuentra conforme con sus

sentimientos y con sus ideas sobre el matrimonio y sobre el amor, lo cual no les impide rechazar otras teorías, otros dogmas de la Iglesia que su razon no ha podido aceptar.

No es, pues, para ellos, una cuestion de disciplina general, sino de conciencia íntima, de aspiracion superior; es una necesidad, por decirlo así, natural de sacrificio, independiente de tal ó cual fórmula religiosa.

El alma humana ha tenido y tendrá, en todos tiempos, su ideal, que se ha abierto y se abrirá paso irresistiblemente, y no hay religion que pueda pretender el haberlo creado.

Forma parte de las leyes eternas que no están escritas, que seria locura querer imponer á todos, y que ciertas almas selectas se legan unas á otras por intuicion, por exaltacion, por emulacion.

Esta inmolation de sí propio que algunos católicos hacen á sus deberes y á sus convicciones, practicábanla igualmente los paganos, lo mismo que las abstinencias de la carne y de la mesa, y aun cuando sus leyes autorizasen el divorcio.

Cuando nuestras mujeres cristianas van á adorar piadosamente al Santo Sepulcro durante la Semana Santa, no sospechan, ni siquiera remotamente, que no hacen sino imitar á otras mujeres paganas, quienes, quinientos años antes de Jesu-risto, hacian el mismo peregrinaje á la tumba de Adonis, que tenia su semana de duelo, finida la cual resucitaba, lo que hacia subseguir la alegría al dolor de los fieles.

¿Qué diferencia, salvo una diferencia de tiempo y de lugar, establecereis entre el patriarca Abraham disponiéndose á inmolar su hijo á Jehová, y el griego Agamemnon inmolando su hija á Júpiter, y el romano Bruto condenando á sus dos hijos para vengar las leyes?

¿Qué mártir muriendo por la fé católica, se sacrifica mas que Curcio precipitándose en el abismo por salvar á Roma, ó que Meneceas, el hijo de Creon, quien, habiendo sabido que una víctima de sangre régia podia calmar la cólera de los dioses contra su patria, se degüella por sus propias manos á las puertas de Tebas?

«La piedad es la única cosa que los hombres se llevan consigo, y que jamás se pierde, ni en la vida ni en la muerte.—¡Desventurado del hijo que no se hace el servidor de sus ancianos padres!—Hay que tener buen corazon, dar su turno al pobre lo mismo que al rico, y mostrarse igualmente justo y religioso para con todos.—Es verdadero justo aquel que vive para su prójimo y no para sí.—El esclavo vale tanto como el hombre libre, si el esclavo es hombre de bien.—¿Quién es esclavo si no tiene miedo á la muerte?—Dichoso el que vive en la contemplacion de las cosas celestes, sin tomar parte en las miserias ni en las injusticias de este suelo!—Inhumar un muerto no es mas que devolver tierra á la tierra.—Hay un Dios en nosotros.—Si tu alma se halla en buen estado, ya tienes todo lo necesario para vivir feliz.—Hombre verdaderamente honrado es aquel que no se imagina nunca bastante honrado ni

bastante virtuoso.—Sobre una buena accion hay que poner otra, como se coloca teja sobre teja para que no penetre la lluvia.—Estar descontento de sí mismo es el verdadero signo de la virtud.—Perecer por la virtud no es morir.—Ves á un pobre desnudo, y lo vistes; pero si se lo echas en cara, es como si lo desnudases.—Quien nació para el bien es buen nacido, aunque fuese un negro.—Hay que creer en Dios y adorarlo sin discutirle.—Hay un Dios que ve y oye lo que hacemos; á tí te tratará como hayas tratado tú á los otros.—Lo que el pueblo sencillo cree y practica, es á lo que quiero yo atenerme.»

¿Quién concibió estas máximas cristianas? ¿quién las ha dicho? ¿Será San Pablo, San Agustin, San Crisóstomo ó San Ambrosio? ¿Habrán sido Platon, Aristóteles, Sócrates, uno de esos grandes sabios ó de esos grandes filósofos griegos, á quienes tanto debe el cristianismo?

No; han sido nuestros abuelos, de nosotros, hombres de teatro; han sido autores trágicos y cómicos: Esquilo, Eurípides, Menandro, Terencio.

Ese gran ideal de moral que viene de un principio eterno, cuyo nombre cambia según los países ó las edades, ese gran ideal de moral forma en tal manera parte de la naturaleza humana, que no es atributo particular de los templos, de las iglesias, de los textos consagrados, de los ministros de tal ó cual culto; circula á través del mundo, apreciable para el primer venido que mira, que busca, que aspira, que quiere, y pasa tan verdadero, tan

grande, tan puro por el alma de un poeta y por los labios de un histrion, como por el espíritu de un Padre de la Iglesia y por la palabra de un predicador.

Vos os declarais, vos y todos los de la Iglesia católica, únicos poseedores de la verdad que, á vuestro entender, no data sino desde Jesucristo, y cuando invocais vuestros textos y decís: «Es Dios mismo quien habla así por su divino hijo», no recordais, no sabeis quizá que, mucho antes de este divino hijo, todos los sacerdotes de los otros dioses que habian pasado sobre la tierra decian lo mismo, y que su desprecio por las objeciones de entonces era el mismo que el que manifestais cuando respondeis á las nuestras.

«Ningun discurso puede prevalecer contra las tradiciones que hemos recibido de nuestros padres», hace decir todavía Eurípides á un personaje sagrado en una de sus tragedias. «Estas tradiciones son tan antiguas como los siglos pasados; la sabiduría mas sutil perderia su tiempo y sus esfuerzos en tal lucha.»

Dos dias há, el domingo 23 Noviembre de 1879, el padre Didon daba una conferencia en *Saint-Philippe du Roule* para defender, como vos, la indisolubilidad del matrimonio.

Nadie admira mas que yo la elocuencia del padre Didon, tan vasta y tan poderosa, que le arrastrará tal vez un dia mas léjos de donde él quisiera, mas léjos sobre todo de lo que quisiera la Iglesia.

No me sorprende, pues, la afluencia de oyen-

tes, su emocion, su admiracion, contenidas solamente por la majestad del sitio.

El padre Didon os lleva una gran ventaja, á mi ver, señor abate; él busca sus razones en la naturaleza moral del hombre antes que en las ordenanzas y en los dogmas de la Iglesia.

Parece no considerar (lo supongo, porque ni me ha hecho sus confidencias ni su profesion de fé) los textos de la doctrina á que pertenece sino como los símbolos, las fórmulas tangibles de todas las filosofías, vengan de donde vinieren, que pueden converger y servir para una moral universal y definitiva.

Preocúpase del hombre humano; esfuérase en arrastrarle consigo, como es su derecho y su deber, tomándole siempre por lo alto, pero teniendo un poco mas en cuenta su razon; y ved aquí con qué calor, con qué entusiasmo religioso procura convencerle:

*¿Admitis por ventura, que se sacrifiquen alguna vez inocentes? ¿Reconoceis que un individuo podrá olvidarse á si propio por una causa general? ¿No reposa la sociedad entera sobre el principio absoluto del sacrificio total del individuo á una causa superior? Sin ello no habria sociedad. ¡A cada momento veis á un sér que se llama el padre ó la madre, sacrificarse, sufrir, morir por un hijo, por los hijos, por una familia! Veis á un ciudadano bien nacido, olvidarse, sacrificarse, entregarse sin tregua á todo lo que le desgasta y le consume, para el bien general. ¡El soldado va á morir; el hombre político que comprende su*

*cargo se extenia en la tarea y ni calcula sus dias ni sus noches! El hombre que tiene conciencia de una verdad superior no vacila jamás ¡qué digo! ni siquiera es necesario tener ante sí una verdad superior y social; vese á hombres morir por su arte, morir por lo bello, por la justicia; vese á inocentes sacrificarse, sin que nunca vacilen, por las grandes causas que reclaman que los inocentes mueran! No basta, nó, que sean castigados los culpables; preciso es que en ciertos momentos los inocentes se sacrifiquen y proclamen, sobre esa hoguera que ha sido encendida por llamas que no debian alcanzarles, esas verdades mas altas todavía que salvan á todo un pueblo ó á todo un mundo.*

*¿Quién niega lo que acabais de decir, padre mio?*

Los encarcelamientos sucesivos de Bacon, las piras de Juan Huss, de Jerónimo de Praga y de vuestro tatarabuelo el dominicano Savonarola; las matanzas de los Albigenses y de los Valdenses; la condenacion de Galileo; la noche de San Bartolomé; la revocacion del Edicto de Nantes; todos los mártires de la razon, del libre pensamiento y del derecho de conciencia luchando contra la opresion y el despotismo de la Iglesia católica, prueban de sobras la verdad de lo que decís.

Mas no es en ellos en quienes pensabais al pronunciar tan bellas palabras, y los mártires que la Iglesia católica ha tenido os hacen olvidar ciertamente los mártires que ha hecho; empero nosotros debemos cuidarnos de estos últimos, nosotros que por sus convicciones, sus resistencias y sus supli-

cios tenemos el derecho de luchar hoy contra vos.

Por liberal que seáis personalmente, por independiente que os declareis, si Roma tuviese todavía á su disposicion los medios que ha tenido en Francia hasta fines del siglo xvii y que tantas veces ha intentado recobrar desde entonces, no tendriais necesidad de discutir con nosotros en plena iglesia, y algun nuevo Concilio de Constanza ó algunas nuevas *dragonadas*, aprobadas y bendecidas por Bossuet, hubieran pronto acabado con nuestros argumentos y nuestras personas.

Veamos ahora si en esta discusion á la que os dignais condescender, vuestros razonamientos son tan concluyentes y seguros de sus golpes como el brazo de carne, la Inquisicion, las hogueras y las *dragonadas*.

Vos continuais, y dice el periódico *Le Gaulois*, en el que leo vuestra conferencia, un marcado estremecimiento ha recorrido el auditorio femenino á este vehemente apóstrofe:

*Mujer, tienes veinte años, y tu marido ha sido para ti lo que las novelas, los dramas mejor concebidos muestran que un marido puede ser. Te ha sido infiel; te ha faltado; te ha engañado; te ha reducido á la infamia, que no te alcanza; ¿qué te toca hacer? Dos cosas, si crees en la verdad moral que se llama la fidelidad indisoluble del contrato. Mujer, toma tu vestido de luto; ¡tu marido ha muerto, tu marido ya no existe! Si tienes hijos, tu senda está trazada. Pero yo supongo que no los tengas; toma tu traje de luto; eres una desventurada, una de las mas grandes*

*víctimas de la fatalidad y de la Providencia que permite las rudas pruebas; toma tu traje de luto y vé á morir en la pira de tu fidelidad conyugal.*

*Sé una heroína, sé un alma que comprende la grandeza de un principio que lo abarca todo, y muere por este principio y por el Dios que lo representa.*

*Verdad es que, si no crees en Dios, esto será difícil, tal vez imposible. Sin embargo, no, no será imposible. Si no crees en Dios, todavía puedes morir por tu país. ¿Por ventura creen todos en Dios esos que van á hacerse matar en la frontera? ¿Por ventura creen todos en Dios esos sabios que escalan el espacio, esos hombres que han visto el infinito en una idea superior, en un principio que ha dado la representacion del porqué hemos sido creados y del porqué debemos morir?*

*Aun cuando no fueses mas que una mujer civil, aun cuando solo estuvieses casada por ante un alcalde, no tienes otra cosa que hacer; vestir luto de piés á cabeza y morir para salvar á las sociedades que quieren vivir.*

*Ahora bien, las sociedades que quieren vivir, son las que saben inmolarse en su entera abnegacion hasta la muerte.*

Escucho, aplaudo y sigo mi camino,

como ha dicho Musset.

«Palabras, palabras, palabras,» como ha dicho Shakespeare.

Si teneis un Dios que os dice que el sacrificio,

que el martirio de los inocentes es bueno, nosotros tenemos uno que nos dice que la justicia para todos es mejor.

Que esa mujer de veinte años que cifraba todas sus esperanzas en su esposo, y á la cual este esposo abandona sin dejarle siquiera un hijo, que esa mujer se cubra de negras vestiduras, como una religiosa, que se condene á la viudez, á una segunda y eterna virginidad, libre es de hacerlo, nadie se lo impide, y tal es su deber, si esta es su vocacion.

Lo que á nosotros nos atañe es permitirle la eleccion, no hacerle una necesidad de vuestro ideal: es el armarla contra ese esposo estúpido, cobarde y grosero; es promulgar leyes que, haciéndole tributear á él ante lo que va á hacer, le den á ella derechos equivalentes á los suyos; y cuando, así burlada, pero armada así, pudiendo escoger un nuevo esposo y ser madre, y madre feliz, se inclinará al luto, á la soledad y á las maceraciones, tendremos la seguridad, habiendo hecho la sociedad lo que debe, de que esta mujer hace verdaderamente lo que quiere.

Como quiera que vos comprendéis perfectamente que los argumentos que nos dais en esos bellos períodos, no son sino argumentos de sentimiento, de elocuencia, y, permitidme decíroslo, de literatura, procurais abordar la cuestion de una manera mas positiva, mas práctica, como legista, y entráis, como dice el periódico, en lo vivo del asunto.

*¿Cómo se nos puede acusar de ser violadores de la libertad? El contrato del matrimonio la encade-*

*na, decis, y quereis romperlo; pues entonces romped las otras obligaciones de derecho natural á las que suscribis de buen grado: vuestros deberes para con el cielo, para con la patria, para con vuestra familia. ¡Cómo! ¿No pensáis en abdicar vuestros deberes de padre y de hijo y abdicaríais vuestros deberes de esposo? ¿Os sujetais á ser padre é hijo indisolublemente, y creéis poder disolver el matrimonio que hace de vosotros un hijo ó un padre?*

¡Ah! ¡Padre mio! ¡Cómo descubro en esas últimas palabras los dilemas especiosos y débiles de los casuismos teológicos de que vuestra elevada razon y vuestra gran sinceridad no podrian desprenderos sino por una de esas súbitas revelaciones que, desde lo alto, producen los Luteros, y desde lo bajo, los Lamennais, y que yo no os deseo, por cuanto mas necesita la Iglesia de vuestra creencia, que nosotros de vuestra duda!

¿De dónde sacais que las otras obligaciones de derecho natural á las que suscribimos de todo corazon sean tan indisolubles como el matrimonio francés y tan pesadas como la indisolubilidad que á él va unida?

Precisamente porque mis deberes para con mi cielo, mi patria, mi familia y mis hijos se hallan legalmente limitados, equilibrados por deberes equivalentes para aquellos con quienes he contratado como fiel, como ciudadano, como hijo y como padre, precisamente por ello pido á la ley que me otorgue la misma situacion como esposo.

¿Dónde está mi compromiso indisoluble con el